

NECROLOGIA

DON EMILIO TEJERA BONETTI

(1880-1968)

Con la muerte del honorable caballero don Emilio Tejera, fallecido en la ciudad peninsular de Miami, Florida, Estados Unidos, ocurrido el día 9 de diciembre último, pierde la República uno de sus ciudadanos más virtuosos y la Academia Dominicana de la Historia uno de sus miembros de mayor presencia. Figuró entre los que en virtud de una disposición oficial la constituyeron el 16 de agosto de 1931, y aportó generosamente su concurso para hacer viable el afianzamiento de la institución en sus días iniciales. Mientras permaneció en el país fue un asiduo asistente a las sesiones académicas. Debido a su prolongada ausencia en el extranjero, a donde encaminó sus pasos para colocarse a honesta distancia de la política imperante, fue elevado a la categoría de Académico Supernumerario, investidura que conservó hasta el término de sus días.

En 1910 fue nombrado Miembro Correspondiente del Ateneo de Santiago de Chile y del Círculo de Periodistas de la misma capital chilena. Durante su permanencia en el consulado en Francia adquirió un curioso Plano de la Ciudad de Santo Domingo, hecho en 1761, con esta indicación: **Urbe Santo Domingo, Hispaniola**, el cual remitió como obsequio al Ayuntamiento de esta ciudad.

Su colaboración en la revista CLIO, fue muy estimable por la calidad de sus trabajos, eruditos y bien documentados. Con ellos realzó las páginas de la publicación académica. Los informes que por encargo de la Academia preparó acerca del nombre de nuestra Isla, del Fuerte de San Gil y de un mapa de Santo Domingo, fueron siempre aprobados por su carácter definitivo y hacen honor a su sapiencia. Bajo el título de **Historia Patria** publicó en once entregas de CLIO, la primera edición completa y avalorada con notas del **Archivo de Duarte**. Su hereditaria y devota admiración por la vida y la obra del Fun-



dador de la República lo impulsaron a estudiar concienzudamente sus orígenes, practicando investigaciones en los archivos de la Madre Patria con éxito encomiable, cubriendo las erogaciones con su propio peculio. Fruto de esa labor fue su estudio genealógico acerca de la **Ascendencia paterna de Duarte**, cuyas fuentes agrupó en apéndice documental, publicado también en CLIO, lo mismo que los datos relativos a **Duarte y sus amigos** en las actas de los registros civiles bajo el régimen haitiano, que estimó como **Fuentes Históricas**. Otros trabajos suyos fueron **Una fortaleza junto al Colegio de Gorgón**, así como el **Acta de la entrega y depósito del cuerpo de D. Cristóbal Colón en el Monasterio de Santa María de las Cuevas de Sevilla**. Sus bien orientados estudios colombinos le permitieron colaborar con eficacia en la edición definitiva de las obras de su padre acerca de los Restos de Colón, que por encargo de la Junta Nacional Colombina preparó el licenciado don C. Armando Rodríguez, ilustre historiador y geógrafo que fue también prestante miembro de la Academia Dominicana de la Historia.

Su padre reunió, con paciencia benedictina, acotándolas de sus lecturas y tomándolas de la toponimia insular, las voces indígenas de la primitiva Quisqueya para formar un diccionario, pero la obra sólo estaba en esbozo. El doctor Pedro Henríquez Ureña que tuvo el honor de prologar la obra filológica que dejó iniciada el sabio investigador Don Emiliano Tejera y que terminó ventajosamente su hijo D. Emilio Tejera Bonetti. —“digno sucesor”—, considera que “la obra es de excepcional valor” y que por lo tanto “se contará como valiosa mina para la filología de América”. La primera edición apareció en 1935 (Editorial “La Nación”, Santo Domingo, de 516 páginas). El doctor Rafael M. Moscoso, naturalista dominicano de bien sentada fama, revisó la parte que se refiere a las clasificaciones y nombres técnicos de las plantas y de los animales citados en el texto, trabajo que aumentó su valor. Originalmente la obra se publicó en la **Revista de Educación**; también fue reproducida en el **Boletín de la Academia Dominicana de la Lengua** y en 1951, se hizo una reimpresión bastante fiel (Editora del Caribe, C. por A.), de amplia circulación, pues la primera fue solamente de 300



ejemplares numerados. Don Emilio trabajó durante los últimos años de su noble existencia en el mejoramiento y ampliación de las **Palabras Indígenas de la Isla de Santo Domingo**, y al ocurrir su sentido fallecimiento la nueva edición quedó lista para ser impresa.

Cuando en 1923 falleció su padre, Presidente y Tesorero de la Junta Nacional Colombina desde hacía muchos años y para entonces único miembro efectivo de tan benemérita institución, hizo entrega pormenorizada de las pertenencias y de los fondos tan pulcramente administrados y tan celosamente conservados. El hijo iba sobre las huellas de su padre; y la nueva Junta Nacional Colombina, presidida por el Lic. Angel Morales, Secretario de Estado de Relaciones Exteriores, le otorgó un "voto de reconocimiento y de gratitud a la memoria de su Señor Padre, extensivo a toda su familia, por la honorable y eficacísima labor rendida por el distinguido ciudadano que se llamó Don Emiliano Tejera, en sus funciones de Presidente y Tesorero". En efecto, desaparecidos sus pares,— Espaillat, Bonó, Meriño, García, Galván, Cestero—, el cetro de la honorabilidad, de la inteligencia, de la sabiduría y de las letras fue insignia solitaria en las manos de Don Emiliano Tejera, las mismas que tuvieron vigor para sostener un arma frente a un amago filibustero, cuando ya el principio de una parálisis parcial apenas permitían a sus piernas sostener su cuerpo; las que se abrieron en gesto protector "cuando bajo la piqueta profanadora y bárbara caían las piedras del hospital de San Nicolás, rebotando airadas", pretendiendo sujetarlas; ciudadano de quien dijo el doctor Américo Lugo en 1914, que "si la República pudiera encarnarse en un hombre, tomaría la figura austera del primero entre los dominicanos vivos".

Don Emilio Tejera nació en esta ciudad el 24 de septiembre de 1880, primogénito del austero hogar encendido ante Dios y ante la Ley por don Emiliano Tejera y doña Clara Bonetti de Tejera. Al ser bautizado, el 30 de junio siguiente en la Santa Iglesia Catedral, le pusieron Juan Nepomuceno Emiliano, como su padre y su abuelo. Asistió a las escuelas, hasta recibir la investidura de bachiller en el Colegio Central, y comenzó los es-



tudios de derecho en el antiguo Instituto Profesional, pero los dejó inconclusos. En agosto de 1902, fue nombrado director-redactor de la **Gaceta Oficial**, cargo en el cual duró poco; en febrero de 1904 fue designado Cónsul General en el Havre, destino que sirvió idóneamente por espacio de cuatro años, como lo atestiguan los informes rendidos al Ministerio del Ramo, a cargo de su padre durante la mayor parte de ese lapso. En 1907, sirvió, conjuntamente con don Tulio M. Cestero, la secretaría de la delegación dominicana, compuesta por los doctores Apolinar Tejera y Francisco Henríquez y Carvajal, que representó con lucimiento a la República en la Segunda Conferencia Internacional de la Paz que se reunió en La Haya. A su regreso en 1908, fue elegido diputado al Congreso Nacional por la Provincia Capital, pero renunció a la curul poco después, al ser llamado por el Presidente Cáceres a ocupar la cartera de Agricultura e Inmigración, que sirvió desde el 30 de junio hasta el 10 de marzo de 1909 en que pasó a la de Fomento y Comunicaciones, al frente de la cual estuvo hasta la tragedia del 19 de noviembre de 1911, que lo indujo a poner término a su prometedor carrera política. Durante los tres años que estuvo en el Gabinete tuvo a su cargo con carácter transitorio otras carteras, entre ellas la de Relaciones Exteriores, al frente de la cual estuvo en tres ocasiones, tocándole presentar en febrero de 1910 la Memoria correspondiente al período en esa fecha expirado. El 19 de junio de 1909 firmó como Plenipotenciario el Tratado de Extradición dominico-americano, que fue aprobado por resolución del Congreso Nacional de fecha 8 de noviembre del mismo año.

Se había iniciado en la política militante incorporándose, bajo el calor juvenil del entusiasmo, en las tropas de la Revolución del 26 de Abril de 1902 que encabezó el Vicepresidente Vásquez, a su paso por Antonsí. De su breve participación en aquella contienda copiamos del **Listín Diario**, N^o 3823, S. D. 2 de mayo 1902, lo siguiente: "La mayor parte de los revolucionarios vienen haciendo los más calurosos elogios del valor y arrojo de los jóvenes Luis y Emilio Tejera, hijos de don Emiliano Tejera. Al primero le anduvieron ayer tan cerca las balas que le mataron el caballo".



El sesgo que tomó la situación a raíz de la tragedia del 19 de Noviembre, dolorosa y por muchos conceptos lamentable, lo decidió a tomar el camino del destierro en unión de su padre y de su tío el doctor Apolinar Tejera que renunció la presidencia de la Suprema Corte de Justicia. Al año siguiente, cuando los generales Horacio Vásquez y Desiderio Arias encabezaron la protesta armada contra el régimen imperante, hizo acto de presencia en Monte Cristy y prestó su concurso a la revolución, formando parte de la Junta allí constituida. Cuando se logró la caída de aquel régimen de fuerza y se instaló legalmente el gobierno provisional presidido por el Arzobispo Nouel, éste lo nombró Secretario de Estado y también Gobernador de la Provincia de Santo Domingo, pero había tomado la resolución de apartarse para siempre de la política, decisión que mantuvo con firmeza y que acaso constituyó un infortunio pues se le restó a la administración pública el concurso de un servidor honesto y culto, de un hombre bueno, como lo fue siempre para la patria y la familia.

Al ocurrir el fallecimiento de tan prominente ciudadano, su cadáver fue traído al suelo de la patria para recibir cristiana sepultura. La Academia Dominicana de la Historia, cuyo Sillón Letra **F** había honrado, le hizo la ofrenda de una corona de flores naturales y delegó una comisión que encabezó su presidente el licenciado Rodríguez Demorizi, quien pronunció la oración fúnebre. El Hon. Señor Presidente de la República doctor Joaquín Balaguer, quien ocupa en nuestra Academia el Sillón Letra **L** como Miembro de Número, en nombre del Gobierno Nacional, se asoció al duelo y se hizo representar en el sepelio por medio de una comisión integrada por miembros de su gabinete y otros funcionarios del Estado.

El sepelio, concurridísimo, tuvo lugar en la tarde del día 11 en el Cementerio Nacional de la Avenida Máximo Gómez, de esta Capital.

